



IV DOMINGO DE PASCUA SANTA MISA DE RITO DE ADMISIÓN A LAS SAGRADAS ÓRDENES

S. I. Catedral Primada, 7 de mayo

En este IV domingo de Pascua, en el que la liturgia nos presenta a Jesús como el Buen Pastor, se celebra la Jornada mundial de oración por las vocaciones de especial consagración; también oramos por las vocaciones nativas de los países de misión. En todos los continentes, las comunidades eclesiales imploran al Señor numerosas y santas vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y misionera.

La liturgia de este día, pues, nos presenta uno de los iconos más bellos que, desde los primeros siglos de la Iglesia, han representado a Jesucristo: el buen Pastor. San Juan nos describe, en efecto, los rasgos peculiares de la relación entre Cristo pastor y su rebaño, una relación tan íntima que nadie podrá jamás arrebatar las ovejas de su mano. De hecho, estamos tan unidos a Él por un vínculo de amor y conocimiento recíproco, que nos garantiza el don inestimable de la vida eterna. Al mismo tiempo, el evangelista presenta la actitud del rebaño hacia el buen Pastor, con dos verbos: escuchar y seguir.

Ante todo, la escucha de su Palabra, de la que nace y se alimenta la fe. Sólo quien está atento a la voz del Señor es capaz de evaluar en su propia conciencia las decisiones correctas para obra según Dios. De esta escucha, pues, deriva, luego, el seguir a Jesús: se actúa como discípulos después de haber escuchado y acogido interiormente las enseñanzas del Maestro, para vivirla cada día, no de forma esporádica o cuando me vengan bien.

Entre estos discípulos de Jesús están estos 17 hermanos nuestros, seminaristas de nuestro Seminario Mayor y de los Operarios por el Reino de Cristo, que hoy van a ser admitidos como candidatos a las Órdenes Sagradas: diaconado, presbiterado... y episcopado. Hemos apreciado en ellos que su deseo de recibir el Orden sagrado, mantenido con las disposiciones necesarias durante un prolongado tiempo, ha alcanzado el grado suficiente de madurez.

Estamos ante un sacramental, en el que, los que se presentan hoy ante la Iglesia y el Obispo, manifiestan precisamente su deseo de ser admitidos a las Órdenes Sagradas. Y nosotros oramos por este propósito suyo, para que la gracia de Dios les acompañe en el tiempo en que sean de nuevo llamados, esta vez al ministerio sagrado por la imposición de las manos del Obispo.

A través de diferentes acontecimientos de su vida, ellos han intuido y descubierto la voz del Señor que los llamaba y, como jóvenes prudentes, han visto en estos acontecimientos la manifestación de la voluntad de Dios. Si bien es Dios mismo quienes les llama a participar del sacerdocio ministerial de Cristo, sin embargo, nos encomienda a los obispos que, una vez comprobada la idoneidad de los candidatos por sus formadores (Rector, formadores, directores espirituales), les llamemos para el servicio de Dios y de la Iglesia, marcándolos con el sello peculiar del Espíritu Santo para tal misión. Pero, les queda todavía completar su formación de tal forma que sean dignos de que, en su día, se les pueda confiar el ministerio eclesial. Quedan, pues, desde ahora al cuidado especial de la Iglesia, preocupada siempre por tener buenos y santos sacerdotes, de modo que su perseverancia en la vocación a la que fueron llamados le convierta en candidatos idóneos para el ministerio apostólico.

Queridos candidatos al ministerio sacerdotal: hasta ahora ha sido fundamental revestirse de Cristo, y mantener una relación de amistad con Él, de modo que ya habéis experimentado que únicamente viviendo con Él y como Él se puede ir adelante en esta vocación vital para la Iglesia. Ahora debéis comenzar a percibir una modulación en vuestro seguimiento a Jesucristo: pasar, en el cuidado de vuestra vocación, de un centrarse en lo bueno que es para vosotros seguir a Cristo, y cuanto bien nos hace, a abriros al amplio campo de la misión de la Iglesia.

Quiero decir que, leyendo las Escrituras queda claro que la propuesta del Evangelio no es solo la de una relación personal con Dios... La propuesta es el Reino de Dios; se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de evangelización, de dignidad para todos. Sabemos

que “la evangelización nos sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre” y la mujer reales. Se trata de que vosotros, en adelante, entréis en otro dinamismo menos apegado a vuestro yo personal. Es el criterio de universalidad, ya que el Padre de los cielos desea que todos los hombres se salven y su plan de salvación consiste en recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo Señor, que es Cristo.

Teneis, pues, que escuchar qué dice el Espíritu y qué dice a la Iglesia. Precisáis de un cambio de sensibilidad para sintonizar con el Espíritu y empezar a despojaros exclusivamente de vuestros criterios, algo que no se os dará sin una oración humilde que os haga ver ampliando el campo de mira; pero también que consigáis mayor rigor en el estudio, en la reflexión, en leer no solo para aprobar, en una profundización en la vida en común para entrar en la comunión de un Presbiterio o una vida comunitaria. Y más gozo y fervor, que no es un sentimiento superficial, que os llevará a la alegría según el Espíritu, una asignatura pendiente en nuestro cristianismo.

Y conocer, que, en la Escritura, no solamente se quiere expresar el hecho de conseguir por medio de la propia inteligencia la comprensión de una verdad, sino también alcanzar a tener con los demás una relación existencial, fundada sobre el diálogo recíproco: conocer es una relación personal. Cristo, buen Pastor, por su parte nos conoce porque tiene una relación personal con cada uno de nosotros, por medio del amor: nos ha mostrado su amor muriendo por nosotros. Y nosotros podemos saber si somos de su rebaño, si le queremos, si le hemos encontrado, si es para nosotros una persona viva con la que nos hallamos en relación estrecha, si le ofrecemos el sacrificio de nuestra propia vida. Encontrándole a Él, encontramos la felicidad.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España